

FAMILIA Y COMUNIDAD

Un acercamiento a la vida familiar de migrantes santiagueños en el contexto urbano

por Aldo Rubén AMEIGEIRAS (San Miguel)

I. Planteo de la problemática

El Gran Buenos Aires ha constituido uno de los ámbitos receptores de migrantes más importantes del país. A través de un complejo proceso que se inicia en la sociedad de origen y continúa en la sociedad receptora, se desarrollan diversos comportamientos y actitudes, que implican en última instancia la asimilación e incorporación al nuevo medio.

Las grandes urbes actúan como receptáculos de expectativas y aspiraciones que, en términos de la utópica "vida en la ciudad", lentamente transforma y convierte los hábitos y relaciones sociales, en el marco de una sociedad anónima y consumista.

La ocupación y saturación de la ciudad Capital, sumado al valor de la tierra y el proceso de expulsión de sectores de bajos recursos, fueron determinando el crecimiento del conurbano bonaerense. De esta forma, los llamados "primer y segundo anillo"¹ han llegado a constituir un área multifacética y heterogénea.

No sólo nos estamos refiriendo a su caracterización, en cuanto ocupación y uso del suelo, o a la existencia de hogares carenciados con necesidades básicas insatisfechas (NBI), sino también, y fundamentalmente a la presencia de población proveniente de los diferentes puntos geográficos del país. Chaqueños, correntinos, entrerrianos y misioneros, junto a tucumanos, riojanos, santiagueños y de las otras provincias argentinas, conforman un conglomerado humano, portador de tradiciones, costumbres y cosmovisiones propias de sus lugares de origen.

La problemática de la asimilación transcurre así íntimamente ligada al desafío de la identidad cultural y a la afirmación de un sentido de pertenencia que posibilita una verdadera y positiva integración.

La institución familiar se encuentra indudablemente ubicada en el centro de este proceso de cambio y transformación. Es que es en su interior, donde no sólo se producen las relaciones sociales básicas y se re-producen los mecanismos de socialización, sino que también se conforma el universo simbólico significativo que, fundado en un *ethos* cultural específico, condiciona y orienta la acción social de los hombres.

¹ La denominación corresponde a los Partidos de Gral. Sarmiento, Moreno, Merlo, San Fernando, Tigre, parte sur de La Matanza, E. Echeverría, Alte. Brown, F. Varela y la sección este de Berazategui. Los partidos que fueron urbanizados en segunda instancia comparados con los del primer anillo (aledaños a Capital Federal).

El contexto urbano y la vida familiar, constituyen una urdimbre compleja y con múltiples derivaciones, tanto en la vida socio-cultural como económica de una sociedad.

En el caso particular de la familia migrante, esta situación alcanza una dimensión más profunda, por constituir dicho ámbito un medio capaz tanto de adaptarse e instrumentar las demandas de la sociedad urbana, como de mediatizarlas, tamizándolas a través de las conductas y visiones subyacentes de su identidad originaria.

En nuestro trabajo anterior sobre "El Catolicismo popular y el proceso de integración de los migrantes santiagueños en el Gran Buenos Aires", colocamos el acento en el análisis del aspecto religioso, considerándolo, al mismo, como la piedra angular de dicho proceso de integración. En esta oportunidad, continuaremos con los migrantes santiagueños, pero nos detendremos, más que en el proceso y sus elementos, en el ámbito privilegiado donde se visualizan los efectos del mismo, teniendo en cuenta, especialmente, la dimensión de las relaciones sociales intra y extra domésticas, enmarcadas en el universo simbólico del pueblo santiagueño radicado en el conurbano*.

II. Primera aproximación

Esta primera aproximación requiere colocar la base de nuestra reflexión, sobre el mundo de los significados, más que en el de las determinaciones. Supone priorizar en la acción social las intencionalidades latentes en cada uno de los comportamientos, en el convencimiento de que, hasta el más pequeño de los actos humanos, denota orientaciones relevantes.

Afirmar que los migrantes plantean sus "vínculos y relaciones sociales en función de una totalidad integradora"³, es sostener que, tras las decisiones y actitudes frente a lo cotidiano, subyace un *ethos* cultural fundante y prioritario. Estas aseveraciones conllevan, sin embargo, no desconocer la íntima relación existente entre los contextos simbólicos y las estructuras sociales³ considerándolas insertas en una mutua retroalimentación.

Las personas se conducen cotidianamente a través de interpretaciones subjetivas de las cosas, pero éstas, a su vez, presentan reclamos y perspectivas nuevas que, inevitablemente, modifican y cambian los comportamientos.

En la perspectiva microsocia de las instituciones, es donde puede visualizarse más detenidamente este tipo de proceso... Allí los roles

* Nuestro agradecimiento a todos los santiagueños que me posibilitaron con el aporte de su experiencia y reflexión, elaborar este trabajo.

² Ameigeiras, Aldo, "El catolicismo popular en el proceso de integración cultural de los migrantes santiagueños en el Gran Buenos Aires, Rev. *Stromata*, Julio-Diciembre 1989, N° 3/4, pág. 424.

³ Berger, Peter L., "La fenomenología de Peter L. Berger", Cap. 2, en Berger, Douglas, Foucault, Habermas, *Análisis Cultural*, Paidós, 1988, pág. 57.

que desempeñan los actores sociales constituyen las mediaciones indispensables a través de las cuales éstos objetivizan formas de actividad tipificadas en la sociedad⁴.

Es por eso que la familia aparece entonces como un ámbito prioritario, en cuanto a ser receptáculo primario de adaptaciones y cambios.

En el difícil tránsito de la vida rural a la urbana, se ponen en movimiento necesidades y expectativas, emociones y sentimientos, modos de ver y comprender la realidad, pero, sobre todo, una actitud vital que, sobreponiéndose al fracaso o a la muerte, lucha por sobrevivir y perdurar.

No en vano se ha caracterizado a la ciudad como una "selva de cemento". Es que como dicho símil geográfico, la ciudad presenta una trama sólida y devoradora. Para sobrevivir en ella, también es necesario "aprender a moverse", saber interrogar los signos, conocer sus códigos.

Esta intuición que posee el migrante al arribar al nuevo medio, se trastoca rápidamente en certeza. Se trata de no dejar de ser lo que es, siendo capaz de sobrevivir en donde está.

El aquí y ahora de su conciencia, no desconoce el acervo propio experiencial que lo constituye como persona, más bien pasa a conformar la resistencia de la estructura básica, desde donde le será posible responder a los desafíos de la conveniencia.

Ya en la ciudad, el migrante no es más el hombre de campo, ha modificado su conciencia en el nuevo contexto. No lo ha cambiado, pero sí, necesariamente, transformado.

Podrá volver al pago, porque esencialmente nunca lo ha dejado del todo, pero ya no es parte del mismo.

En estos términos entonces, se presenta el difícil desafío de la identidad cultural, y es en relación con ella desde donde hay que comprender los nuevos comportamientos sociales.

III. Segunda aproximación

Al observar la vida de los santiagueños en su provincia, especialmente en el medio rural, aparece en forma evidente la consolidación de la trama relacional en torno tanto al medio físico como a la organización familiar⁵.

Y es precisamente ésta última la que permanece en el migrante y se constituye en el punto de referencia central de sus vínculos y afectos.

Durante toda su vida, a través de las instancias claves de su ciclo biológico y social, la familia de orientación mantiene sus lazos afectivos y su influencia.

"Allá no había medios y entonces tenía que buscar de venir a Buenos Aires, tenía hermanos acá, tenía dos hermanos..."

⁴ Berger, Peter L., op. cit., pág. 53.

⁵ Forni, F.-Benencia, R., "Condiciones de trabajo, y condiciones de vida de familias campesinas y asalariadas en un área rural", Jornada Interdisciplinaria sobre Condiciones de Trabajo, CEIL-OIT, 1983, pág. 17.

“... Como se vino para acá el hermano más chico, entonces decidimos venirnos para acá”.

Ya en el proceso de traslado emergen unidos ambos extremos del camino. Generalmente es un pariente, un hermano, un tío o un primo quien espera en la otra punta del riel, pasando a ser parte inseparable de la etapa transitoria de arribo y radicación a la ciudad⁶.

Sin embargo la vinculación alcanza su máxima consistencia cuando la misma se relaciona directamente con la vida y subsistencia de los padres.

“Nosotros veíamos el sacrificio, y sabe porqué, el reconocimiento de que nuestros padres han trabajado muchísimo para nosotros, muchísimo mire...”.

“Y uno ya se ve grande y se ve, no se puede pagar pero uno sabe, uno ya tiene la obligación a pesar de que nuestros padres nunca nos obligaron, pero sabíamos que nosotros teníamos que ser bueno con nuestros padres, si ellos y Dios nos dieron la vida”. *María*.

“Claro, yo cobraba y les mandaba el giro, cobraba y les mandaba allí, y yo me arreglaba con lo que me vestían mis patrones”. *Rosa*.

Los valores propios de un mundo, donde no se separan las creencias de la vida, se explicitan a través de instancias concretas y actitudes precisas, como el esfuerzo que demanda el trabajo, o el sentido profundo del sacrificio.

Así, en forma apenas perceptible, ambos constituyen las dos caras de una misma moneda que, sin embargo, trasciende en una actitud profundamente religiosa, el gesto de dar, pero también el gesto de recibir.

Como bien señala P. Morandé⁷ se trata de un verdadero “intercambio de dones y no de intercambio de mercadería”.

La paternidad no tiene un límite cronológico, sino que se asume como un compromiso desde la perspectiva de la filiación. El compromiso de la reciprocidad, entonces, recorre un amplio espectro, desde el envío de bienes o giros de dinero, hasta el reclamo insistente para que sus padres abandonen el campo y se resuelvan a vivir en la ciudad.

Hay algo de ritual en este “envío de giros”, reemplazado luego por “los paquetes o la encomienda”, que tienen su complemento en los correos personales de quienes van y vuelven del pago, trayendo, desde “tortillas”, hasta el “yuyo específico” para una dolencia.

“Hay mucha gente ... que trae los padres, es muy frecuente ...”. *Pedro*.

⁶ Al respecto resulta fundamental la consulta de dos trabajos clásicos sobre el tema: Germani, G., “Asimilación de migrantes al medio urbano: notas metodológicas”, *Rev. Lat. de Sociología*, Vol. 1, Nº 2, Buenos Aires, 1965; y M. Margulis, *Migración y marginalidad en la Sociedad Argentina*, Paidós A. Latina, 1968, Cap. III, pág. 148.

⁷ Morandé, P., “Contracultura de la ilustración”, *Rev. Nexa*, Nº 7, 1986, pág. 58.

“Nosotros éramos seis, y al final todos nos vinimos para Buenos Aires ...” *Juan*.

“... y allá en el campo es así, yo a mi mamá le digo Usted”. *Rosa*.

“Entonces nosotros les decíamos a nuestros padres... porque nosotros tratábamos de usted...”. *María*.

La relación con los padres es otro aspecto de fundamental importancia. El uso del “usted”, aún siendo éstos ya mayores e incluso responsables de familia, permite visualizar otra de las aristas a que venimos haciendo referencia.

Al respecto señala Catalina Wainerman, “cómo el tratamiento pronominal (vos-tu-usted) codifica a nivel verbal características sico-sociales de las relaciones interpersonales”⁸. Así podemos destacar un tipo de organización familiar con una clara demarcación de los roles. Si bien puede detectarse un perfil “patriarcal” (con una fuerte tendencia de “machismo”) el rol desempeñado por la mujer (como consecuencia en muchos casos de su permanencia en el hogar frente a las emigraciones temporarias de su marido en la zafra o la cosecha) aparece ejerciendo una gran influencia sobre el conjunto de la familia. Es que ésta constituye la piedra angular de la familia rural santia-gueña y sobre ella han de pivotar en gran medida, las transformaciones del hogar en el medio urbano.

Con el paso del tiempo, los progenitores conservan una autoridad que se expresa entre otras formas, en el reconocimiento a su mayor experiencia de la vida como también en el respeto por parte de los hijos, a lo que consideran una cierta “tosudez” en la decisión de los padres de no separarse de la tierra.

Sin embargo, la intransigencia en “no partir” también es una manifestación de fidelidad y entrega, que mientras se mantiene a través de la vida de padres y hermanos en el lugar, deja, en forma latente, abierta la posibilidad del regreso.

“Yo he aprendido de mis padres, esto es cultura, porque yo he cosechado lo que ellos nos han enseñado... claro muchas cosas sabemos menos, porque imagínese, nosotros no hemos tenido la educación... porque cultura hemos tenido siempre en la provincia, la mayoría de la gente, porque tener buenas costumbres, es tener cosas buenas de los padres...”.

“Nos hablaba mi madre, mire... esas son cosas que le quedan para toda la vida... ella misma nos decía que el dinero no hacía a la gente... porque si uno tiene dinero no tiene por qué marearse, y acá es mucho de eso...” *María*.

“... mi mamá, papá, mis hermanos, todos trabajábamos en el campo, vivíamos de eso... Mi madre se quedó a criarnos a nosotros (no iba a la cosecha) y si iba a trabajar, se iba con todos nosotros, parecía una gallina con todos los pollos, porque ella trabajaba y así mi padre y nosotros también... mi padre lle-

⁸ Wainerman, C., “Relaciones familiares en la Argentina-Diacronía y Sincronía”, *CENEP*, Nº 4, pág. 2.

vaba el arado abriendo el surco, mi madre con una bolsa con la semilla sembrando, y nosotros también... así que toda, la familia para trabajar...". *María*.

La incorporación de las imágenes paternas surge unida al trabajo cotidiano, a la necesidad imperiosa de hacer frente a la lucha por la subsistencia, y en ese contexto la valorización de las acciones implica más una actitud ética que utilitarista, donde cada uno de los miembros siente por encima de sus individualidades la pertenencia a una familia".

No estamos con esto "idealizando" un tipo de organización familiar, en la medida en que somos conscientes de sus limitaciones. Por otro lado, el rescatar actitudes y vínculos valiosos en cuanto a su *ethos* vivencial, no excluye desconocer obstáculos y desvalores propios de situaciones de subsistencia.

E. Fianza y A. Fernández explican en su trabajo sobre "Familia y pobreza en Santiago del Estero"⁹ cómo en gran medida "los bajos salarios, la desocupación, las madres solteras y el alcoholismo" son manifestaciones negativas y preocupantes de un estado de pobreza y subdesarrollo.

En ese contexto es necesario leer, no sólo la falta de trabajo como principal causante de la emigración, sino también las grandes limitaciones y tensiones en que se debate la subsistencia de numerosas familias del monte santiagueño.

"Cuando mi papá se ponía las manos en la cara a pensar, era que la cosa estaba muy mal, había que aguantarse, tomar té de pollo, si había miel, comíamos miel, mi papá salía a juntar miel, a cazar cualquier cosa hacía para que no nos falte y hasta que después se iba normalizando, y sí, sufrí, sufrí muchísimo el hambre, hemos sufrido muchísimo...".

Esto, lejos de negar, afirma la existencia de una arraigada identidad y sentido de pertenencia.

Y es ésta la que perdura fuera "del pago". Porque también allí se trata más que nunca, por todos los medios, de conservar los afectos, de estar juntos, de ayudarse mutuamente.

"Mis hermanos, las dos hermanas mías que están en Buenos Aires y mi hermano nos ayudó muchísimo, así no digo con dinero, pero nos acompañaron muchísimo...".

"Nos seguimos viendo, no somos de estar mucho juntos, pero digamos nos ayudamos y nos vamos a visitar... uno de mis hermanos se había quedado sin trabajo nosotros si le hacía falta una zapatilla para uno de los chicos, o nosotros comprábamos cosas para la comida y le dábamos, un poco a ellos y así, inclusive yo tengo un hermano de 57 años que es ciego, y entre todos le ayudamos y le damos su dinero, eso sí ponemos".

Sin embargo, la vida urbana requiere, por parte de los miembros de una familia, del despliegue de conductas y mecanismos, de manera de

⁹ Fianza, E.-Fernández, A., "Familia y pobreza en Santiago del Estero", *Rev. CIAS*, N° 322, Mayo 1983, pág. 54.

poder subsistir cotidianamente. Así comienzan a cambiarse ciertas actitudes, o modificarse hábitos que respondían a una realidad distinta.

"Aca han cambiado muchísimo, santiagueños que han cambiado, lo sé por mi hermano, mis tíos... son gente que se han criado en el campo, ya hombres grandes, al trabajar acá se han casado, han tenido hijas, y son otra cosa... las hijas, no es lo mismo la autoridad que han tenido allá, ya no es la autoridad de ser hombre de campo, acá han cambiado, para mí han cambiado". "Mire, no sé, a mí me parece que cambió muchísimo en matrimonio, cambió para mal, porque muchos matrimonios duran muy poco, y nosotros no venimos, venimos de, a pesar de que mis padres no se han casado, porque la ignorancia, no sé, pero ha cambiado, porque no se toleran, yo no digo aguantarse, sino tolerarse, vio o hay menos respeto. Yo le digo, mire, mi madre llevaba las riendas de mi casa, pero mi padre, había mucho respeto por mi padre, entre ellos se han respetado muchísimo...".

Las relaciones sociales intradomésticas son las que resultan más afectadas por la urbanización. Sin lugar a demasiadas dudas, el hogar, espacio privilegiado de la convivencia, es también el epicentro de la mayor cantidad de tensiones y conflictos, resultantes del proceso de adaptación al nuevo medio.

Como lo afirman Forni-Benencia, "para que una familia cambie sus estilos y normas (algunos de los cuales pueden haber sido cardinales) es necesario que el grupo elabore delicadas y complejas reglas para la modificación de las normas. En muchos casos las familias no han establecido previamente estas reglas para la modificación de las normas y se embarcan en la tarea más difícil de elaborarla... Muchas de las normas familiares en vigencia resultarán adaptables a las dos culturas y no sufrirán cambios. Muchas otras habrán sufrido cambios relativos a la distribución de los roles y normas que podrán involucrar a todos los miembros de una familia. Finalmente muchos otros *patterns* se conservarán al precio de cierto grado de alejamiento del mundo extra familiar"¹⁰.

En la relación de pareja es en donde, en primera instancia, se observan cambios, como consecuencia de situaciones y circunstancias nuevas que producen un replanteo importante de los roles, estrechamente ligada a una división sexual del trabajo.

Así, la problemática del trabajo se convierte en uno de los elementos más relevantes a considerar, tanto para el hombre como para la mujer. En el hombre, el trabajo fuera de la casa se afianza, como la "mediación" más importante con que cuenta, en su relación con la naturaleza y los demás hombres. Se vincula con "las cosas", pero a su vez, el trabajo "lo vincula" con "los otros".

Lo "extra-doméstico", la fábrica, la obra, el empleo, se afirman como ámbitos fundamentales en la lucha cotidiana por la supervivencia

¹⁰ Forni-Benencia, "Estrategias rurales de reproducción con alta fecundidad - Familia troncal, trabajo, migración y relevos Sgo. del Estero", *Doc. de trabajo N° 15, CEIL-CONICET, Buenos Aires, 1985.*

y la de su familia. Pero también, constituyen el espacio donde transcurre una gran parte de su tiempo, y donde "los muchachos", pasan a ser, "sus compañeros".

Es que el trabajo como "creador de comunidades", tanto a nivel micro como macro social, es el que posibilita más fehacientemente la creación de nuevos modos de "ser y estar" en el mundo. Al respecto, el hombre del interior posee internalizada una profunda y peculiar "cultura del trabajo", que le permite no sólo desempeñar una actitud positiva frente a las cosas, sino también una valoración del esfuerzo y del camino adecuado para acceder a ella.

Este hombre, que vino buscando trabajo, sabe que gran parte de su vida se relaciona con esa constante peregrinación por obtenerlo y conservarlo. Sin embargo, esa constante, es algo más que una obligación irrenunciable. Es un aspecto esencial de su forma de ser, porque es y se siente un trabajador.

En este contexto se hace necesario apreciar adecuadamente las consecuencias impredecibles de la desocupación y la falta de trabajo. Más que índices matemáticos que tratan de representar un determinado "costo social", es necesario replantear la dignidad del trabajo como acción no solo transitiva (productiva), sino inmanente, de humanización del propio hombre y de su mundo¹¹.

"Sí, yo siempre trabajé mucho en mi vida, yo era una visita en mi casa. Los chicos eran chicos... Yo trabajaba en dos lados y a veces no había tiempo de volver".

"El hombre no conoce, la mujer es más metida, y el hombre mucho no conoce de la ciudad, entonces la mujer es más metida y el hombre tiene que enterarse por ella lo que es la ciudad, entonces ahí se queda tranquilo, hasta que habla la mujer y qué se yo, entonces tiene un poco de mando la mujer. Pero en el campo no, porque en el campo conoce todo, todo él, y se tiene que hacer lo que él dice... la mujer es más metida, en esas cosas y si no sabemos andamos preguntando, pienso que es eso y el hombre no, él va del trabajo a su casa y de su casa al trabajo, en cambio la mujer sino es una vecina, es otra y está hablando, va a la almacén, se entera cosas, y bueno o la misma televisión y el hombre no está tan enterado que se yo...". Rosa.

"Para mi viejo el trabajo es todo... no sé creo que para él, el trabajo no podría dejar de existir...". Roberto.

Esta ponderación del hacer en el trabajo, se acompaña en el hombre, de una cierta actitud de "ensimismamiento", manifestada a través de la utilización de un lenguaje conciso... El santiagueño es de "pocas palabras". Es fundamentalmente un "hombre de silencio". El gesto tiene prioridad sobre la palabra, lo concreto sobre lo especulativo¹².

¹¹ Scannone, J. C., "Laborem Exercens en la doctrina social - La antropología del trabajo", *Rev. Nexo*, N° 6, 1985, pág. 65.

¹² En relación con el significado del silencio señala R. Kusch: "Ya de por sí el silencio expresa algo, especialmente en la ciudad, donde la menor variante exige una explicación. Y la explicación evidente del silencio es

Este es quizás uno de los elementos más importantes a tener en cuenta a la hora de analizar la valoración que el baile en particular y la música en general tienen entre la gente de esta tierra.

Con respecto a la mujer se hace evidente que el tema del trabajo adquiere una dimensión particular. Es que el hogar involucra el desarrollo de diversas responsabilidades y tareas que, generalmente, no son evaluadas o tenidas en cuenta, en toda su tremenda significación y contribución a la productividad económica-social.

El trabajo intradoméstico constituye un aspecto fundamental que a través del desarrollo de una tarea sin límites de horarios ni remuneraciones, posibilita el funcionamiento y continuidad de la unidad doméstica¹³.

Desde esta perspectiva la mujer, en cuanto esposa y madre, conforma un eje central sobre el que convergen demandas y expectativas, pero también desde donde se proyectan comportamientos y decisiones fundamentales.

"La mujer sale a trabajar afuera, pero sigue con todo lo que significa la casa, los chicos, y hasta muchas veces en lo económico, porque a veces los maridos tienen trabajos que no son fijos, bueno entonces los mujeres generalmente sí lo tienen, aunque sea por horas... la mujer es la que sigue manteniendo la fortaleza de la casa y de los hijos ni hablar". Cristina.

En el caso de la mujer migrante debemos tener en cuenta además una doble dimensión en relación a su trabajo extradoméstico. Por un lado en cuanto dicha temática aparece como determinante en su primera inserción en la ciudad. Y, en segundo término, porque la salida del hogar para reingresar al mercado laboral, incidirá notablemente en el manejo de los recursos y las decisiones intradomésticas.

En el primero de los casos, el ingreso al trabajo pasa casi obligadamente por la incorporación al servicio doméstico. En la sociedad receptora, la posibilidad de "cama adentro", o de trabajar "por hora", está estrechamente relacionada con la consistencia de la red de parentesco en la ciudad y los recursos de que disponga la misma. El trabajo doméstico aparece como el medio más común para las mujeres del interior, semejante en rasgos generales a lo que ha significado para los hombres la participación en la construcción.

Sin embargo, la ubicación en la ciudad, aun contando con parientes

que el silencio ha emprendido, real o ficticiamente un camino interior para encontrar una solución". R. Kusch, *América Profunda - Sabiduría de América*, Edit. Bonun, 1975, pág. 203.

¹³ El Tema de la participación económica femenina ha sido vastamente tratado. En relación a nuestra afirmación ver especialmente: Wainerman, Catalina, "Educación familiar y participación económica femenina en Argentina", *Rev. de C. Soc. IDE*, N° 72, Vol. 18, 1979. Jelin, E., *La mujer y el mercado de trabajo urbano*, Estudios Cedes, N° 4, 1976. Latles-Wainerman-Sartu, "Participación de las mujeres en la actividad económica en la Argentina", *Rev. de C. Soc.*, T. 1 y 2, 1977. Jelin, E.-Feijoo, M., *Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino*, Edit. Cedes, Vol. 3, 1980.

cercanos, no excluyó el dolor de la distancia, la separación de los padres y el notable cambio de costumbres...

‘Pero la gente... cómo le podría decir, esa altanería de separarse porque es el empleado doméstico...’ *María*.

‘A los quince años me vine a trabajar, pero me costó muchísimo adaptarme, me costó un montón, lloraba. Yo vine a trabajar con cama, sabe lo que es venir de allá... porque era la mimosa de mi papá...’ *Rosa*.

‘Fue lo que yo sufrí tanto, tanto cuando me vine de Santiago del Estero... otra cosa que a mí me impresionó mucho... que yo tenía, yo comía aparte... pero yo, fue el impacto más grande de mi vida, el sufrimiento más grande, alejada, separada, que nosotras jamás, nosotros vio era una mesa grande, una olla grandota...’ *María*.

Paulatinamente, el contacto con los parientes, y el encuentro con provincianos, permitirá la reconstrucción de los vínculos, e inevitablemente, la formación de un nuevo hogar.

‘Bueno a mi futuro esposo, yo lo conocí en mi casa, en la casa que trabajé, resulta que había inundaciones en mi pueblo, en el campo, y mi esposo me trajo una carta y así nos conocimos...’ *María*.

‘Bueno, mire, para casarme me ayudaron entre todos mis hermanos, mi esposo ya tenía este terreno, y tenía el dormitorio, un pasillo y ya terminado el baño, y acá no había nada, después nosotros entre los dos hicimos todo’ *María*.

En este ámbito, las características propias del trabajo doméstico posibilitarán una gran facilidad de “ingreso y egreso” del mercado laboral, siguiendo, en la mayoría de los casos, las etapas del ciclo biológico familiar o los imprevistos de la vida.

Así como la necesidad del nacimiento y la crianza de los hijos exigirá una dedicación mayor al trabajo doméstico, el agravamiento de la situación social y económica implica nuevas necesidades, ante las cuales el reingreso al mercado laboral surge como opción inevitable.

‘A él lo echaron de la imprenta, después de seis años, y bueno entonces yo ahí empecé, teníamos el dinero que le habían dado allí y lo íbamos comiendo, comiendo, y bueno teníamos problemas, no conseguía trabajo y hasta que dije, voy a ir a buscar trabajo, y en eso mi cuñada vio a una señora que yo le había ayudado, había trabajado con ella, y le dijo... Negri, ¿qué tal, cómo anda? y bien anda con todo el problema del marido que lo han echado... decíle que venga a casa que yo la necesito, que estoy sola... y me fui, era como si Dios me hubiera mandado, porque esa señora me ayudó muchísimo’ *Rosa*.

En el segundo aspecto, el trabajo fuera de la casa adquiere una importancia clave.

Así, el rol de la mujer se encuentra en el centro de conductas alternativas a las asignadas en la sociedad rural. No porque allí no trabajara activamente junto al hombre, sino porque aquí, su participación pasa, básicamente, por la incorporación al mercado laboral con la consiguiente salida del hogar (F. Santisteban, 1985).

La mujer, como contrapartida de lo señalado para el hombre, tiende a exteriorizar más sus sentimientos. Presenta actitudes más dinámicas y flexibles, por lo cual su adaptación a la ciudad es más rápida, a la vez que se encuentra en mejores condiciones de resolver imaginativamente los desafíos de la supervivencia. Es ella, también, la que promueve y moviliza entre los miembros de su familia, una constante actitud de recogimiento y piedad.

Así el fuerte sesgo secularista de la sociedad urbana, no logra sin embargo, disolver las arraigadas manifestaciones de vinculación con lo sagrado.

Los elementos eléctricos y mecánicos, característicos de la sociedad moderna, no reemplazan en los hogares santiagueños la presencia de imágenes, velas, rosarios y reliquias, que son objetos de culto y veneración.

Es interesante recalcar, en este aspecto, la iniciativa de la mujer, pero también el profundo respeto y valoración por parte del hombre.

De lo doméstico a lo extradoméstico, encontramos un espacio que va desde el hogar hasta el barrio, una dimensión social en la que la mujer se desempeña como el principal factor de cohesión y conducción familiar.

En el seno de la familia, el manejo del dinero, no sólo tiene que ver con los recursos y las decisiones referentes a la asignación de los gastos, sino también con el conjunto de actividades y tareas que en el ámbito de lo cotidiano se llevan a cabo en el hogar.

Aquí se visualiza cómo la mujer asume, generalmente, dicha responsabilidad, incrementada, cuando también aporta con trabajo extradoméstico al fondo común.

‘Yo manejaba la casa, yo manejaba los papeles de él, las compras... no sé, tiene más experiencia la mujer para todas las cosas, para la casa, en fin para el dinero...’

‘Mi esposo también, vio, y acá yo conozco a mis hermanos igual, y ellos le dan a la esposa y ella distribuye, hace sus gastos, vio... pero no va a decir, yo tengo la plata en el bolsillo, cuando precisés te doy...’

‘Sí, yo soy la que maneja el dinero, yo hago las compras, la que administra soy yo, pero no por eso soy la que mando, ni él es menos, qué se va a sentir disminuido porque no administra el dinero...’

La salida laboral constituye el elemento más importante en cuanto a modificar las condiciones de convivencia y los “arreglos matrimoniales”.

En muchos casos se producen tensiones como resultado de una cierta redistribución del poder y la autoridad, que inevitablemente

trae como consecuencia el desarrollo de un replanteo más flexible y dialógico como la manera más eficaz de resolver las nuevas demandas.

“...Mire no es que haya surgido así de improviso, nosotros sabemos que la mujer que trabaja afuera, el hombre que está en la casa, ahora si no están ninguno de los dos, bueno, pero igual, si vienen los dos más o menos al mismo horario, pienso que un poco la tiene que ayudar, no la va a dejar que haga todo lo que haya para hacer. Yo por ejemplo lavo los platos a la noche y mi esposo a la mañana, mientras yo hago unos mates... yo pienso que es el respeto a la pareja, ... mi mujer va a trabajar, se cansa y yo pienso en mi esposo, pobre con el calor a las dos de latarde...”

“La casa es de los dos, la familia es de los dos, porque si mi hijo tiene una necesidad de que mi esposo lo atienda, mi esposo lo ve, hay que colaborar, no por eso va a dejar de ser el hombre de la casa...” *María.*

Así arribamos a otro de los elementos, en cuanto a la problemática de la transformación familiar urbana. Nos estamos refiriendo a la relación de los padres con los hijos¹⁴. Hemos señalado anteriormente ciertas características de dicha relación referida a los migrantes con sus padres en la sociedad rural.

Pudimos visualizar entonces una férrea división de los roles y las funciones que, en muchos casos, transformaba la firmeza en rigidez o en dificultades reales para el diálogo.

En este sentido, detectamos un cambio importante de actitudes. Si bien en especial en los hombres continúa presente dicha imagen paterna, reservada, la mujer ha acrecentado su capacidad de diálogo y comprensión. Ella se ha constituido, en forma mucho mayor que lo habitual, en un nexo irremplazable en la relación con sus hijos, en la vida en la ciudad. El hombre se mantiene más distante, recluso en su trabajo, presto a acudir con la “última palabra”.

Sin embargo, el problema más agudo con los hijos no pasa por la falta de diálogo, sino fundamentalmente por la ruptura que se produce entre el universo cultural significativo de los padres y el que aceptan y asumen los hijos.

“Y qué pena que los jóvenes no nos den el valor, que realmente una merece, porque yo digo que todo esto para mí, que yo he aprendido de los padres, es cultura...” *María.*

“No ellos saben que son porteños, si ellos saben... bueno, es lo mismo que yo defiende mi Dora (Colonia Dora) y ellos su Buenos Aires...” *Rosa.*

¹⁴ Referente al conflicto entre Padres e hijos, M. Margulis afirma: “La desorganización familiar es muy frecuente y la distancia cultural y el conflicto entre padres e hijos suele acentuarse debido a la inadecuación de los modelos normativos y poseídos por los padres, transmitidos a sus hijos, en las primeras etapas del proceso de socialización, para una eficaz participación en la nueva Sociedad”. *Migración y marginalidad*, op. cit., pág. 15. Ver también Sluzki, C., “Migración y conflicto familiar”, *Rev. T. Familiar Rep. de Family Process*, Vol. 18, Nº 4, 1979, U. S. A.

“Por ejemplo los hijos de mi hermana, yo tengo una hermana en Villa del Parque, porque la madre no quería que diga que es santiagueña... se casó con un italiano... y ellos le decían, no les cuentes a los parientes de papá que vos sos santiagueña... es malo, yo no digo que los chicos hijos de santiagueños bailen folklore o que les guste todo lo que nos gusta a nosotros... pero que respeten la forma de ser de los padres... ellos se sentían inferiores al ser hijos de una provinciana, yo a veces no discutía, sino les decía, pero por qué tenés vergüenza, yo no tengo por qué cambiar mi provincia, si soy provinciana...”

“Mi crianza no les vale a mis hijos, porque yo no pueda, ve, a una la hacen cambiar, es la forma de vivir, si cambiamos, porque ya aflojamos... porque ellos creen que nosotros hemos vivido mal...”

“Claro, están en una época los jovencitos que detestan, ellos se creen que la música folklórica, nuestra música, una chacarera, un gato... pero mami vos estás viviendo desde qué época, sin embargo yo tengo 47 años, yo no he cambiado, y mire que yo también he sido jovencita... por más que para mí hay ciertas cosas que han sido una sorpresa, un cambio tremendo... no he perdido mis costumbres, sigo teniendo ese amor a la provincia, ese respeto a mis padres, ese amor a mis hijos... que uno es la, que le ha enseñado, ojalá que les sirva, Dios quiera para algo...”

María.

“...” Los jóvenes rechazan la cultura de sus padres y al final se quedan sin nada, no son ni chicha ni limonada, no son nada...”

Roberto.

No se trata sólo de “no compartir”, sino de desarrollar una actitud de indiferencia y subvaloración, que trae aparejada, junto al cuestionamiento de la identidad paterna, el desmoronamiento de sus propias raíces.

Aquí es necesario considerar la acción negativa y cuestionadora que la “cultura” imperante en las grandes urbes ejerce sobre la cultura popular de los migrantes. La presión del ambiente, la desvalorización del criollo, que desde el mote de “cabecita negra” o de “lentito” para el santiagueño, actúa creando un prejuicio y una discriminación difícil de contrarrestar. Los jóvenes son, pues, quienes en mayor medida reciben dicho impacto y quienes lo exteriorizan a través del conflicto y el cuestionamiento.

IV. Conclusiones

Así, a manera de conclusiones trataremos de precisar algunos aspectos que emergen, a nuestro entender, de lo analizado:

a) La familia santiagueña en el medio urbano, es protagonista de de una serie de cambios y transformaciones.

Dichos cambios implican, tanto costumbres y hábitos cotidianos, como un replanteo de los roles en la convivencia del hogar.

- b) A nivel de la pareja conyugal, el desarrollo de actitudes más dialógicas y decisiones más compartidas, no excluye el mantenimiento de roles claramente diferenciadas en cuanto, especialmente, a la relación con los hijos.

La pareja conyugal mantiene, en el nuevo medio, un profundo sentido de respeto tanto en relación a la familia de orientación (padres) como con respecto a los vínculos entre los propios cónyuges.

La mujer desempeña un rol fundamental, tanto en lo intra como extradoméstico, para la supervivencia y cohesión de la familia urbana.

- c) En la relación padres-hijos, es donde pueden visualizarse las fisuras más importantes, referidas a la asunción por parte de los hijos de la cultura de los padres.
- d) El trabajo aparece como un factor de enorme gravitación en cuanto a su incidencia, tanto en la división de roles como en la distribución de responsabilidades y en particular en relación a la incorporación de la mujer en el mercado laboral.

Finalmente podemos sintetizar lo señalado anteriormente en dos tipos de constataciones. Por un lado las que se afirman como consolidadoras de la familia y por el otro, las que implican un riesgo en cuanto a su cohesión e identidad.

En el primero de los casos nos referimos a la existencia de un sentido de pertenencia familiar, una valoración del trabajo y una asentada piedad.

La pertenencia se expresa tanto en el mantenimiento del vínculo como en el sentido de fraternidad y respeto familiar.

El trabajo, en cuanto conforma un factor decisivo en la construcción de su vida personal-familiar y en el condicionante más importante de su inserción social. La piedad, como el aspecto de la cultura santiagueña que sobrevive en mejores condiciones, a los embates de la ciudad.

En el segundo de los casos, la problemática de la ruptura cultural (padres-hijos) plantea el desafío de superar la misma, o por el contrario, perder una memoria cultural imprescindible para consolidar su verdadera identidad.

No se trata de que los jóvenes asuman simplemente la cosmovisión de sus padres, sino que, asumiéndola, la enriquezcan con las nuevas vivencias de su vida en el ámbito urbano.

De esta forma, padres e hijos, insertos en una sólida trama relacional con hermanos y parientes, desarrollan su vida familiar en el contexto urbano, tratando de sobrevivir, aun en medio de presiones y demandas, que la sociedad consumista y uniformadora, ejerce sobre ellos.

"Yo a los míos les digo... que nunca, nunca tienen que dejar de ir a Santiago cuando ellos anden bien o puedan, ir a visitar a los tíos, sino está ya la abuela. a los tíos, que no se olviden de eso, que es lo mejor que tenemos". *Rosa.*

"... Sabe porque sentimos nostalgia y un poco de rabia. ¿Por qué tenemos que venir todos acá...? ¿Por qué?". *María.*

CULPABILIDAD, RITO Y RITUALISMO (UNA APROXIMACION PSICOANALITICA)

por Saúl M. RODRIGUEZ AMENABAR (Buenos Aires)

En el ejercicio de la profesión de psicólogo es frecuente encontrar personas que no acusan sentimientos de culpa en situaciones en las cuales es posible detectar tales sentimientos aunque los mismos no alcancen el nivel de un conocimiento consciente. Por otra parte, cuando se experimenta culpabilidad —sobre todo en cuestiones relacionadas con un discernimiento moral— se la suele atribuir a la educación recibida en el medio familiar o por la información religiosa, o por ambas cosas a la vez. En tal sentido la culpa dependería de factores presionantes desde afuera de la personalidad: pero habría que preguntarse si no obedece más bien —como elemento básico— a factores primarios que forman parte habitual del proceso de desarrollo, sobre los cuales actúan las influencias del medio cultural como son la educación familiar y la enseñanza religiosa.

En realidad el sentimiento de culpa no proviene *originariamente* de factores puramente externos. Estos, en cambio, proveen las imágenes que configuran el contenido referencial concreto de la culpa, en cuanto sobre esas imágenes se desplazan las fantasías *inconscientes* ligadas a la razón última de la existencia de la culpabilidad. Por lo mismo las influencias culturales no tienen la categoría de originantes de la religiosidad sino que es estrictamente al revés: porque hay religiosidad puede surgir la vivencia de culpa religiosa o "pecado". Ello es así en razón de que para hablar de pecado se necesita la referencia a una escala de valores de orden trascendente.

Pensar que la religiosidad es un subproducto de la culpa, ya sea culpa individual o —como erróneamente lo propuso Freud— culpa social y ancestral, es asimilarla a una defensa más contra la angustia de castración y el parricidio.

El sentimiento de culpa cubre un amplio espectro de situaciones personales. Sin embargo es posible diseñar una visión sistemática que permita distinguir, tal como ya lo hace la mayoría de los autores, entre culpa patológica y culpa normal (o sana, si se prefiere no acudir a la categoría de normalidad).

La culpa patológica se rige por un estatuto narcisista: el altruismo, si lo hay, sólo cubre una escala mucho menor. El incumplimiento del Yo ante las exigencias del Supervo abre una dolorosa herida narcisista y al mismo tiempo coloca al sujeto frente a la idea de castigo. Por eso la culpa patológica arrastra al menos un matiz persecutorio, como se ve en algunas formulaciones de tipo religioso (por ejemplo, la presentación del infierno en puros términos de castigo y sin tener en cuenta su aspecto más tremendo que es la ausencia de un amor reparador).